

El quinto suyo

gustavo
gorriti

ideele Nº 163 / mayo 2004

4

Trajimos hace cuatro años la fuerza liberadora de los cuatro suyos, y ahora parece avanzar, con su rancia adrenalina, la contramarcha del Linchaysuyo.

El año 2000, los símbolos de nuestro pasado nos movilizaron hacia lo que queremos ser. Hoy, la autodestructiva involución de nuestro presente nos empuja hacia lo que podemos ser.

La reciente encuesta de la Universidad de Lima, el Barómetro de Opinión, realizada el 8 de mayo, revela lo que enfrentamos. La encuesta, hay que subrayarlo, fue hecha solo en Lima.

El presidente Alejandro Toledo tiene el 7,8 por ciento de aprobación. Como una encuesta debe compararse consigo misma, hay que indicar que el mismo Barómetro le daba 9,5 por ciento de aprobación en marzo y 8,7 por ciento en abril.

En la misma encuesta, el porcentaje de limeños que está de acuerdo con el linchamiento del alcalde de Ilave es de 7 por ciento. Es decir, para todo

propósito práctico, el mismo porcentaje que apoya al Presidente. Además, otro 10 por ciento declara no estar "ni de acuerdo ni en desacuerdo" con el linchamiento. Entre neutrales y prolinchadores, el porcentaje es de 17 por ciento. Inquietante, ¿verdad?

Peor aún: solo el 6,5 por ciento manifiesta confiar en el Poder Judicial. Menos que los partidarios declarados del Linchaysuyo. Y aquí sí que no hay neutrales, porque el 89,8 por ciento dice que no confía ni en los jueces ni en el Poder Judicial.

Solo hay claridad en el descontento, aunque ello suponga profundas contradicciones. Por ejemplo, la mayoría de encuestados, el 53,7 por ciento (contra el 38,3 por ciento), está de acuerdo con que el Congreso haya censurado al ex ministro del



Al siete por ciento le gusta esta escena.

Interior Fernando Rospigliosi. Pero, a la vez, la mayoría, el 49,3 por ciento (contra el 33,8 por ciento), considera que esa censura debilita la democracia.

¿Está la gente a favor del debilitamiento de la democracia? Por supuesto que no. Lo que existe es ira, asco, desconfianza y desprecio. La razón no

prospera en medio de tales sentimientos, y por eso pueden surgir y crecer en tal ambiente (o manipularlo) los demagogos de cualquier laya, especialmente los que hacen del odio su bandera.

En medio de la confusión, sin embargo, algunas cosas se perciben claras.

Hay una crisis de gobierno que amenaza su existencia. A la vez, el colapso del régimen pudiera –no necesaria pero sí probablemente– significar la caída de la democracia.

Se trata de una crisis aguda, no grave ni esdrújula. El mayor nivel de peligro ya se está dando y durará hasta setiembre u octubre. Disminuirá hacia fin de año. Si el gobierno logra sobrevivir hasta el próximo verano, la posibilidad de terminar su periodo regular el 2006 en mucho mejor pie que el actual crecerá progresiva y hasta velozmente.

A condición, claro está, de que apenas sienta que está pisando con mejor pie, el presidente Toledo no experimente de nuevo la irresistible tentación de hacer tiro al blanco con él, como lo ha hecho desde el 2001 hasta ahora. Claro que dicen (y lo repito) que nada aguza tanto el entendimiento como la sombra del cadalso. A veces la lucidez también.

El problema está en si el gobierno llega al verano o no.

Que hayamos pasado en tan breve lapso de la promesa fulgurante de los cuatro suyos a la amenaza oscura del quinto, el Linchaysuyo y todo lo que este



El elenco inestable de la inefable actualidad.

representa, es algo que hasta ahora se ha podido en el mejor de los casos describir pero no explicar.

No es fácil, al fin, explicar cómo un gobierno, el de Toledo, que ha tenido algunos de los mejores índices y resultados en el manejo de la economía en Latinoamérica, sea a la vez uno de los más impopulares y de los más despreciados.

Tampoco es sencillo explicar cómo es que los discursos y la figura del entonces candidato, que enardecían el entusiasmo y exaltaban el fervor del campo, el Ande y la selva hace tan poco, provoquen ahora una reacción fóbica, por momentos irracional, entre sectores tan disímiles como los chacareros de Arequipa y los *pitucos* de Mamacona. Cómo el hombre que fue elegido gracias a una esperanza tan grande que acalló suspicacias sobre sus actos pasados y lo llevó a vencer a uno de los candidatos más talentosos en campañas electorales que haya producido la política latinoamericana –Alan García–, convoca

ahora niveles de repulsión que no se explican por sus actos o por sus defectos.

Propongo una hipótesis auxiliar.

Hace poco anoté que si la historia del Perú durante buena parte de los ochenta y todos los noventa debería escribirse como un atestado policial, la de estos años debiera reseñarse como un expediente judicial.

Quizá habría que añadir que tras el atestado y el expediente, más allá y más acá de ambos, está la historia clínica. Más precisamente, la psiquiátrica.

Hace años se dijo de un político que padecía un déficit de litio. Creo que esa condición no era únicamente la del político en cuestión sino la de nuestra política en general.

No me refiero solo a los personajes (políticos y no políticos) que usan el espacio público como escenario para el psicodrama y que en lugar de guardaespaldas o asistentes necesitarían enfermeros. No son pocos. De hecho, algunas

personas han especulado que si se tratara de hacer un partido de ancha base y amplio espectro, ese debería ser el Partido de los Orates. "Si los orates se unieran", dice un analista de diván y de proscenio, "no los para nadie... es más, se darían cuenta de que ya han conquistado el poder... y también la oposición... y también la información." Menos mal que se pelean entre sí, en jardines de embajada y pantallas televisivas, en gabinetes y curules. Ministros y constitucionalistas, fiscales, congresistas y etnocaceristas: no hay obstáculos para el desarrollo en paralelo del delirio particular. El desorden más frecuente es, por supuesto, la paranoia; y ¿qué mejor refuerzo para un paranoico que la prédica, sobre todo si logra seguidores?

¿Exagero? Sugiero, a cualquier conocedor de la cosa pública en el Perú, hacer una lista de, digamos, veinte nombres significativos en el poder y la opinión pública. Luego, efectuar un simple examen binario de esa lista para ver cuántos locos hay ahí, de esos que si caminaran

solos cruzarían al frente cada vez que vieran a un enfermero del Larco Herrera. Estoy seguro de que se sorprenderán.

Peter Weiss, el autor de *Marat/Sade* (o mejor dicho: "Persecución y asesinato de Jean Paul Marat representado por el grupo teatral del hospicio de Charenton bajo la dirección del Marqués de Sade"), posiblemente hubiera encontrado, de vivir aún, que nuestro escenario político es más interesante que el manicomio de Charenton.

Por eso, cuando en el futuro próximo algún periodista joven, de no mucha memoria y con ganas de marcar las primeras muescas en su pluma (computadora, más bien), le pregunte a algún previsible candidato sobre su relación con el litio, este solo tiene que contestar: "Pero no estoy solo"; y habrá dicho toda la verdad. No me refiero siquiera al creciente número de personas que cada mañana, cuando se miran ante el espejo, se saludan con un "Buenos días, señor Presidente", sino a aquellos a quienes los relojes cucú les producen una extraña inquietud

aun mientras les abren con respeto la puerta del auto oficial.

De locos no te fíes, dice el dicho. Ahí están, como contestación, las encuestas.

Sin embargo, como dije, esa hipótesis es meramente auxiliar. Dárselas de reduccionista entraña en este caso un riesgo de alienación.

Hay mucho loco con poder, escenificando sus delusiones en medio de una situación global que, aun sin tener en cuenta a los orates, es en mucho esquizofrénica.

Ya hemos hablado de la disonancia entre una economía en crecimiento global y una política en colapso.

No es lo único.

La legitimidad de los actores en la política de hoy, empezando por el propio Toledo y pasando por los principales partidos y sus dirigentes —Alan García, Lourdes Flores, Valentín Paniagua—, estriba en haber constituido y liderado la coalición democrática que derrocó al fujimorato, descubrió los abismos de vileza y de delito a los que ese régimen sometió al Perú, y determinó construir una democracia que no solo procesara y castigara el crimen pasado sino que además instituyera un régimen éticamente diferente e irreconciliablemente enemigo de las organizaciones, los personajes y los crímenes de la dictadura.

Pero no resultó así.

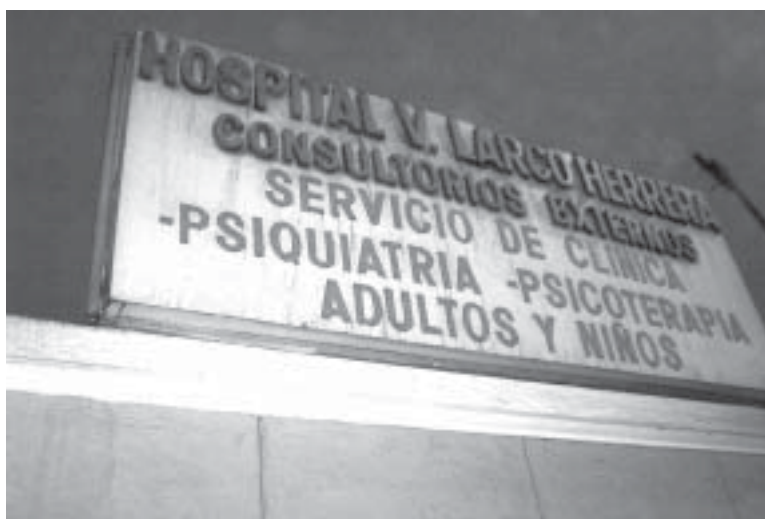
El principal partido de oposición, el APRA, no solo ha mantenido sino mantiene buenas relaciones con algunos de



Toledo no miente cuando dice que la "mafia fujimontesinista" intenta derrocarlo.

los principales personajes y órganos de la mafia. Alan García no solo coquetea con los votantes fujimoristas sino que promueve –algunas veces en forma más abierta, en otras más solapadamente– algunas de las iniciativas para acortar el mandato presidencial que, por lo menos en esta circunstancia, tendrían a la mafia –que confronta este año algunos de los principales casos que pueden derivar en sentencias importantes y hasta decisivas– como principal beneficiada. Las relaciones amigables de buena parte de la dirigencia aprista con, por ejemplo, *La Razón*, el diario de la mafia, son elocuentes de por sí.

No es lo único, por cierto. García tiene algunos asuntos por aclarar respecto de su relación con el gobierno de Fujimori y especialmente con Montesinos. Las recientes declaraciones del venezolano Guevara Chacón (el que "cuidó", extorsionó y asustó a Montesinos en su escondrijo de Venezuela y que en el proceso se enteró de mucha información adelantada por el entonces angustiada Montesinos) no deben ser soslayadas, ni cabe aceptar que se las descalifique con el mero adjetivo de "mamarrachientas". De repente las declaraciones no son verdaderas, pero deben ser exploradas. Si Alan García quiere ofrecerse de nuevo como nuestro futuro, debe estar dispuesto a abrir su pasado; cada rincón y cada entresijo de su acción política (que la personal es, en general, cosa suya). Por ahora, Alan García avanza (hasta puede decir



Larco Herrera: ¿Posible sede del acuerdo nacional?

"Ladran, Mauricio, señal de que avanzamos"), pero al precio –quizá en parte involuntario– de oscurecer la frontera entre democracia y dictadura, entre políticos y delincuentes, entre el castigo justo y la impunidad. Y si algo debiera pensar García a estas alturas, cuando todavía es posible corregir rumbos, es que esos contratos fáusticos nunca dejan de ser cobrados al final.

Lourdes Flores no parece tener muy claro aún su camino y quizá ni siquiera su futuro, pero también padece, a su manera, de similares ambivalencias.

Pero las contradicciones de García y las de Flores empalidecen, diría yo, al lado de las del propio Toledo, víctima de sí mismo.

El Presidente no miente cuando sostiene que la mafia "fujimontesinista" lo ataca e intenta derrocarlo. Eso es totalmente cierto.

Pero se olvida de decir que, a la vez, él y gente de su grupo han servido de aliados de esa misma mafia en la lucha central para lograr el castigo e impedir

la impunidad de los megracrímenes del fujimorato.

¿Quiénes fueron los principales enemigos que ha tenido la mafia dentro del Poder Ejecutivo? ¿Quiénes le hicieron más daño? Dos personas: el ex procurador José Ugaz y el ex ministro del Interior Fernando Rospigliosi.

Ambos fueron atacados, uno tras otro, en una ofensiva exitosa, que contó con muchas complicidades (entre ellas las del APRA), pero con un agente central, Jorge Mufarech, cuya activa participación en el régimen mafioso está ya demostrada *ad nauseam*, pero que ahora es uno de los factores centrales de poder en el gobierno de Toledo.

Mufarech, como ya fue denunciado, empezó la campaña contra Ugaz luego de coordinarla con, entre otros, Alfredo González, el congresista de la mafia.

Sin embargo, esa campaña –y la subsecuente contra Rospigliosi– nunca hubiera tenido éxito de no haber contado con el apoyo tácito de Toledo, por lo menos en un tramo de ella. Toledo contribuyó con el apuña-

lamiento de ambos, y en el proceso terminó, cómo no, apuñalándose a sí mismo.

Ahora, con la lucidez efímera que trae el susto, Toledo puede calibrar las consecuencias y quizá derivar las enseñanzas de lo hecho. Tiene muy poco tiempo para hacerlo.

¿Explica esa suma de contradicciones, ambivalencias, incoherencias y complicidades la crisis del gobierno actual y el peligro que enfrenta? En parte sí; pero no todo.

Hay una teoría, la de la curva J, que sí lo hace. De acuerdo con ella, la inestabilidad política que vivimos ahora se debe a que estamos mejor que en el fujimorato (en términos de libertades y también económicos), pero peor de lo que esperábamos estar. Las expectativas espontáneas y sobre todo las inducidas fueron mucho mayores que los modestos logros conseguidos.

La curva J, propuesta como teoría de revoluciones y conflictos por James Davies a comienzos de la década de 1970, concluyó —después de examinar decenas de revoluciones a lo largo de la historia— que con frecuencia un conflicto se produce en momentos de relativa apertura y de avance prometido, cuando se marca una brusca diferencia —que la gente siente intolerable— entre lo que esperaban conseguir y lo que consiguen. La diferencia entre ambos es lo que hace la *J-curve*, la curva J.

Las dictaduras debilitadas por la vejez o la corrupción y, sobre todo, las reformas mal ejecuta-

das en transiciones inciertas, son las que, en la visión de Davies, promueven condiciones de disolución y conflicto.

Como escribió, mucho antes, Alexis de Tocqueville: "No siempre sucede que las revoluciones se desatan cuando las cosas van de mal en peor. Por lo contrario, pasa con mayor frecuencia que cuando un régimen opresivo que ha gobernado por un largo período, relaja su presión, provocará una rebelión. Así, el orden social derrocado por una revolución es casi siempre mejor que el que inmediatamente lo precedió".

Espero que Toledo haya consultado el asunto en su conversación con Gorbachov.

Entre la curva J, la esquizofrenia situacional, las acciones individuales de los integrantes del Partido de los Orates, las maniobras que le revientan en la cara al aprendiz de brujo de Cabana, las astucias chuscas y la lábil moral de los líderes políticos, el fascismo *chicha* de Humala, los alaridos del Lynchaysuyo (con dirigentes locales que pasaron sin dificultad del leninismo al lumpenismo) y con la acción catalítica de la mafia —que tiene claridad estratégica pese a estársela jugando el todo por el todo—, ¿hay algo que valga la pena o que se pueda hacer?

Por supuesto que sí. No se puede permitir que el quinto suyo destroce lo que con tanto esfuerzo lograron los cuatro en el 2000.

No se trata de salvar a Toledo sino de salvar la democracia. Hay puntos en común y puntos que divergen.

Es mejor que Toledo concluya su periodo el 2006, pues para afianzarse la democracia precisa de un mínimo de orden y previsibilidad por un tiempo dado. La lucha anticorrupción necesita también continuidad y coordinación para poder culminar con los casos centrales y evitar que su esfuerzo aborte.

Si Toledo se "reengancha" con ese objetivo, con darle fuerza, solidez y autoridad a la democracia, vale la pena ayudarlo. Si no, no. En todo caso, Toledo va a necesitar armar un gobierno de salvación democrática, con independientes de valía que cuenten con el apoyo de los principales actores políticos, para sobrevivir hasta el 2006.

Para la democracia es mucho mejor terminar un periodo con un Presidente limitado y un buen gabinete, aunque el resultado sea un gobierno gris, que una transición irregular, en la que cualquier cosa —y casi con seguridad de las peores— puede suceder.

Pero eso no significa un cheque en blanco a Toledo. Es Toledo quien demostrará en estos días y estas semanas si su anuncio reciente de retornar al espíritu del 2000, a la límpida Marcha de los Cuatro Suyos hacia la democracia, es un propósito genuino y consistente, o apenas otra de las frases hueras, de la demagogia empobrecida con la que malbarateó lo que tanto esfuerzo (el de él incluido) costó lograr, y que resbaló desde la intrépida esperanza de los cuatro suyos hasta el tufo rancio y el propósito terminal del Lynchaysuyo. ■